

H. Bonnet, Osorio de Almeida,
Huizinga y Enrique Molina.

La guerra y los intelectuales

Publicamos en seguida las cartas de los señores H. Bonnet, Director del Instituto de Cooperación Intelectual de París; del señor Miguel Osorio de Almeida, miembro de la Organización de Cooperación Intelectual; del señor Juan Huizinga, Presidente de la Real Academia de los Países Bajos y del señor Enrique Molina, Presidente de la Universidad de Concepción. En estos interesantes documentos podrá el lector encontrar valiosas reflexiones acerca de la posición del intelectual con respecto de la guerra y el esfuerzo que actualmente se realiza para evitar la bancarrota de la civilización.

INSTITUTO INTERNACIONAL DE COOPERACIÓN INTELECTUAL
SOCIEDAD DE LAS NACIONES

París, 27 de noviembre de 1939.

Señor,

El Instituto Internacional de Cooperación Intelectual ha decidido continuar con sus actividades adaptándolas a las necesidades de la hora actual, con el fin de mantener y, en lo posible, de desarrollar las relaciones que había organizado entre los intelectuales.

Entre esas diversas actividades, hay una para la cual deseo solicitar su concurso. El Instituto ha publicado varios volúmenes de «Correspondencia» entre representantes calificados de la actividad intelectual; así puede ofrecer, en tiempo de guerra, a estos últimos, un medio para mantener su solidaridad espiritual y expresar sus opiniones.

Hemos recibido de un miembro de la Organización de Cooperación Intelectual, señor Osorio de Almeida, una carta cuya copia le envió, a título de información, y que ha sido despachada por nosotros a diversas personalidades. Hemos recibido ya varias respuestas que nos proponemos publicar en un «cuaderno».

Entre las respuestas que hemos recibido figura la del señor Huizinga, Presidente de la Academia Real de los Países Bajos. Podemos así, tal como fué convenido, prolongar el debate tomando como nuevo punto de partida la carta del señor Huizinga. Ella plantea a la conciencia universal algunos problemas que talvez hayan sido ya objeto de sus meditaciones.

Estaríamos muy felices, dada vuestra notoriedad, si se dignara leer el texto del señor Huizinga y enviarnos las reflexiones que le sugiere esta lectura. Eso sería para nosotros un aporte de gran valor.

Naturalmente que si Ud. quiere, puede contestar, ya sea directamente a los temas sostenidos por el señor Huizinga, o, si Ud. prefiere, ampliar la cuestión llevando la discusión principalmente sobre algún punto que le llame más especialmente la atención.

El propio señor Huizinga está al corriente del paso que damos y estaría muy contento de tenerlo como corresponsal.

Espero tener una respuesta afirmativa y le ruego recibir, señor, la expresión de los sentimientos de mi más alta consideración.—El Director.—H. BONNET.

Señor Enrique Molina.—Concepción.

París, 16 de septiembre de 1939.

Señor,

Trabajamos desde hace años para una obra cuya finalidad es la más noble: la organización y el desarrollo de la vida del espíritu, el acercamiento de los trabajadores de la inteligencia, la comunidad de riquezas intelectuales que los genios y los talentos de todos los países y de todas las razas pueden aportar al bien de la humanidad. Esta obra es esencialmente una obra de paz. Sus comienzos como organización práctica fueron inspirados por el ideal de una consolidación definitiva de la paz y su desarrollo fué siempre dirigido por la idea de que los intelectuales dignos de ese nombre, podrían ampliamente, por su ejemplo, por su enseñanza, su buena voluntad, su espíritu desinteresado de investigación en todos los dominios, contribuir a mantener la paz. No se podría comprender la civilización sin una amplia vida intelectual constantemente renovada y en perpetuo desarrollo.

Desde hace años, se oye decir que una nueva guerra traería como consecuencia el fin de la civilización, o, por lo menos, el fin de nuestra civilización. Este problema se presenta, en la hora actual, de una manera apremiante y dramática. En lo que nos concierne lo podemos reducir a proporciones más modestas: nosotros, los que hemos dado lo mejor de nuestros esfuerzos a la obra de solidaridad intelectual, ¿podemos pensar que nuestro trabajo ha sido vano e inútil, que debemos abandonarlo o cambiarlo radicalmente de dirección? ¿Cuál es nuestro deber? ¿Esperar que la ráfaga pase y reconstruir sobre los escombros? ¿o tenemos razones para creer que nos incumbe reducir al mínimo los efectos de las destrucciones, organizar una especie de defensa pasiva, velar por la conservación de los bienes adquiridos y sostener principios directores ya comprobados?

Ahí tiene, Señor, cuestiones graves que merecen un examen prolijo, imparcial y sincero. Yo no creo que se encuentre un solo

intelectual capaz de quedarse frío e impassible ante las amenazas del tiempo presente y que admita sin una profunda emoción la posibilidad del fin de la civilización. El retorno a la barbarie sería la negación de todo lo que ha alimentado nuestro espíritu, de todo lo que ha sostenido nuestra alma. Esta barbarie no podría ser definitiva; la humanidad entraría de nuevo, después de cierto tiempo, en las vías del perfeccionamiento y del progreso. Vendría un nuevo renacimiento, pero, démonos bien cuenta, esto sería un verdadero *renacimiento* y no el comienzo, de una acción que, partiendo de la nada, debiera desarrollarse y caminar en un terreno virgen. No, estaría obligado a seguir por sus huellas antiguas, por más deformadas que estuvieran. En una palabra, tendría que dedicarse, por mucho tiempo, a una tarea de redescubrimiento, volviendo a investigar en el pasado para así encontrar nuevamente lo que los últimos siglos le habían dado y que habría perdido.

¿Es esta vuelta a la barbarie verdaderamente inevitable?

Yo creo, Señor, que es indispensable que algunos de nosotros analicemos de cerca la situación ante la cual se encuentra la Sociedad de Intelectuales. Los intercambios de ideas sobre estos asuntos no deberían ser tomados como debates académicos. Por el contrario, deberían constituir el cumplimiento de un deber que todos sentimos y que todos aceptáramos con un mismo espíritu reflexivo y consciente, con esta misma voluntad firme y quieta, esta misma modestia, ese mismo recogimiento, en una palabra, toda esa manera de ser ante la guerra que ha caracterizado a todos los franceses aun a los más humildes; y si os hablo de los franceses, es porque, estando yo en París, pude ver lo que allí sucedió.

Pertenezco a un país neutral que, según las noticias que he recibido, desea mantener su neutralidad en la forma más estricta. Pero, esa ley de neutralidad, que no conozco todavía en detalle, no tendría el poder, ni ella ni cualquiera otra, de impedirnos, a mí o a alguno de mis conciudadanos, pensar y buscar la verdad.

Nosotros, los intelectuales, lo menos que le debemos a la verdad, es primeramente investigarla y enseguida proclamarla. Que otros nos impidan hacerlo! El Presidente Roosevelt, al anunciar la neutralidad de los Estados Unidos hizo entender perfectamente que ese deber de neutralidad no llegaría hasta las conciencias. Opiniones análogas se han manifestado en otros países neutrales emitidas por personas de una alta autoridad moral. Nos incumbe a nosotros los intelectuales, la tarea de expresar, en términos claros, lo que siente nuestra conciencia y lo que creemos ser el fondo mismo del pensamiento y de los sentimientos de los demás. No se debería permitir que las leyes de neutralidad se empleasen como nuevos medios de restringir la libertad de pensamiento y de conciencia. El impedir a los ciudadanos de los países neutrales que comuniquen sus juicios y sus opiniones sobre acontecimientos tan considerables e importantes para el porvenir de la humanidad como lo es una guerra—tal como la que acaba de declararse—sería el medio más seguro de crear una situación de inextricable confusión. Así se suprimirían testimonios autorizados, insospechables de dejarse influenciar por el sentimiento, por demás legítimo, de tener su patria en peligro.

El estado de neutralidad nos acerca ya a uno de los problemas más delicados y más angustiosos de la hora actual, y entre tantas cosas sobre las cuales me permito haceros meditar me ocuparé sólo de una en esta carta: ¿cuál es el rol que hay que atribuir a la restricción de la libertad del pensamiento en la preparación y el desencadenamiento de una guerra? Debería indudablemente limitarme a poner en evidencia algunos aspectos de ese problema. El desarrollo de este tema exigiría volúmenes y no me creo suficientemente calificado para hacerlo.

Siento, primeramente, una gran dificultad: ¿cómo comprender la libertad de pensamiento? ¿Tomada en su sentido más amplio: es decir, qué nos importa quién pueda decir lo que quiera? Lejos de mí tal opinión. La libertad de pensamiento, considerada en sí misma, encuentra sus límites naturales en el conocimiento

exacto. Nadie puede invocar el derecho de decir, que tres veces cuatro no son doce. Un examinador de matemáticas ante los candidatos tiene plenos poderes de censura; a nadie se le ocurriría, en nombre de la libertad de pensamiento, protestar contra el ejercicio de sus funciones. Pero, tan pronto como el conocimiento es inexacto, la situación cambia. La libertad se ensancha a medida que la precisión se reduce, aun en los dominios científicos. Cuando se trata de grandes cuestiones morales, sociales y sobre todo políticas e internacionales, los campos de la libertad se agrandan más y más. Hay, sin embargo, limitaciones naturales y hasta necesarias que resultan de ciertos principios generales adquiridos durante el desarrollo de la humanidad. Pero ahí se encuentra un terreno movedizo donde, junto con la razón y la inteligencia positiva, se agudizan la intuición, la conciencia y otros sentimientos aun no bien definidos. Es ahí también, como en todas partes, que la investigación de los hechos reales es esencial para poder sentar juicios fundamentados. En ese campo, la verdad—en el sentido elemental del término—es importante como materia prima para la acción y todo lo que ésta encierra de contenido moral. Suprimir, deformar o truncar la verdad de los hechos es una manera indirecta de dejar sin efecto una libertad de pensamiento que, por otro lado, se asegura dejar completa.

En resumen, la verdadera libertad de pensamiento, para principiar, no puede existir sin una completa libertad de investigación, sin la buena fe más absoluta durante este primer paso que constituye la cosecha de elementos destinados a formar las bases de los juicios. Una conciencia libre no puede hacer nada si se le rehusa los medios de saber, o más bien no puede más que constatar amargamente la inutilidad de su libertad aparente y se encontraría presa de su ceguera y de su sordera forzadas.

He aquí, señor, asuntos que han sido comprendidos desde un principio por los grupos dirigentes de ciertos países que querían primeramente dominar la situación interior y enseguida dirigir los pueblos hacia serias acciones exteriores. Había algo más

importante que impedir la libertad de opinión: era de no dar a los juicios más que hechos o elementos ya preparados, listos para servir de base a conclusiones o juicios determinados. Suprimiendo la posibilidad de verificar la veracidad de los elementos, se llega a hacer creer a las masas lo que se quiere. Y los pocos individuos que están suficientemente enterados o acostumbrados a la disciplina de la investigación para resistir, están obligados a abstenerse: estando forzosamente en número limitado, no es muy difícil oprimirlos o reducirlos a la inacción.

La intervención sobre los medios de información, la reglamentación estricta de las publicaciones y también las restricciones de las manifestaciones del pensamiento son maneras seguras de hacer llegar pueblos enteros a ese estado especial de preparación moral y material necesario a la guerra. La falta de libertad puede forzar a guerrear a un pueblo que no lo desea; pero hay algo peor que todo eso: puede conducir a la guerra a pueblos que llegan a creer que ésta es justa y necesaria. No se puede exigir de las masas la disciplina del espíritu y la firmeza de razonamiento que son necesarias para tener juicios exactos o correctos sacados de elementos precarios.

A esta hora, la guerra ya no es un asunto de Gobiernos o de Estados. Atañe hondamente a los pueblos y hasta a los mismos individuos. Alcanzará también, de una manera más o menos directa, a los hombres y las mujeres tanto como a los niños de los países más alejados, hasta los que creen poder conservar ilusiones sobre las posibilidades verdaderas de una soledad cómoda y segura. Cuando se toman resoluciones que comprometen la vida de millones de seres humanos, las conciencias tienen que estar suficientemente preparadas. Se puede exigir de los hombres que hagan el sacrificio de sus vidas y de sus bienes, pero ese sacrificio no es digno y noble más que si es consentido libremente y aceptado conscientemente. El hecho de engañarlos para llegar a un resultado sospechado de antemano es la responsabilidad más grave que alguien pueda tomar y, hay que hacerlo notar, no se

trata ahí de una responsabilidad solamente moral. Las consecuencias prácticas son inevitables y fatales y deberían hacer reflexionar hasta a aquellos para quienes la responsabilidad moral es cosa desprovista de sentido.

Los países libres han demostrado, talvez demasiado, sus tendencias pacifistas. No han tenido falso pudor, han dejado ver claramente que querían evitar la guerra, algunas veces a costa de su amor propio y de su prestigio. Tengo el gusto de estar en París desde el 18 de agosto. Yo creía conocer bien la Francia. La quería por todo lo que representa de cultura, de profundidad intelectual, de sutileza, de civilización, de política y de belleza. Pero le confieso mi honda emoción al ver lo que he presenciado, en contacto con el pueblo, en estos momentos decisivos, de la movilización general y de la declaración de guerra. El hombre de la calle aceptaba todo como cosa necesaria, inevitable, como si estuviese ante una calamidad cósmica, un terremoto, la erupción de un volcán. Había que luchar, había que vencer, había que salvar lo más posible; pero jamás he visto un solo gesto de protesta, no he oído una sola palabra de odio, una sola amenaza desconsiderada, una sola sílaba fuera de su lugar. Estos hombres libres sabían; habían reflexionado largamente, estaban perfectamente preparados para hacer lo que aceptaban como su deber. Este sentimiento del deber proviene de una conciencia bien informada, segura de sí misma, amalgamada con la gran conciencia colectiva de la cual forma parte integrante, por consiguiente legítima, y no de una pseudo-conciencia colectiva organizada artificialmente, hecha exprofeso, mantenida a fuerza de violencia. Los más altos grados de libertad pueden así, en apariencia, ser confundidos con los últimos grados del fatalismo. No he asistido a manifestaciones de entusiasmo fuera de lugar. Todo el mundo sabe lo que es la guerra, pero todo el mundo, en Francia, sabe también por qué se debe hacer y como se debe proceder.

A raíz de eso, me vino un pensamiento con toda su fuerza y toda su belleza; déjeme decírselo; no me pertenece como Ud.

lo va a ver, pero hasta ahora yo lo tenía por una utopía. El día en que todas las naciones lleguen al grado de civilización profunda y verdadera que demuestra Francia actualmente (y estoy seguro de que la misma cosa sucede en Inglaterra) no habrá más guerra. La guerra les fué impuesta, a estos pueblos, desde afuera, y hay que desear que en el porvenir no haya más pueblos capaces de imponer una lucha armada. Tengo la convicción de que este magnífico resultado podrá conseguirse sólo si los sentimientos pacifistas, las ideas nobles y generosas, que no excluyen de ninguna manera la fuerza y los sentimientos de honor, pueden florecer libremente y llegar a dar su desarrollo natural.

Mucho se ha hablado de desarme moral. La Francia y la Inglaterra acaban de demostrarnos que jamás han estado moralmente tan bien armadas como ahora, pero moralmente armadas en el sentido más alto del término. No es la disposición de espíritu propia a la agresión; eso no existe; es, por el contrario, esta preparación moral que permite asumir todas las cargas y cumplir con todos los deberes sin pasión y con un perfecto control de las ideas y de las emociones. Estar moralmente armado para la paz, para una verdadera paz de pueblos libres, es tal vez más difícil que estar moralmente armado para la guerra, y es por eso que estos dos países nos acaban de demostrar que están, en el momento de la acción, moralmente armados, en toda plenitud y de una manera fuerte y sana.

Paul Valéry explicó, el otro día, de una manera excelente, cómo en un país libre «es imposible que la paz o la guerra sea el hecho de un solo hombre».

Es ésta, indudablemente, la primera gran enseñanza que se desprende de la guerra actual. Tenemos ahí una experiencia cuyo resultado es positivo y concluyente. ¿No cree Ud. que es ahora nuestro deber de intelectuales neutrales de no dejar perder esta enseñanza cuyo precio estará pagado por innumerables vidas humanas e incalculables sacrificios?—MIGUEL OSORIO DE ALMEIDA.

AL SEÑOR MIGUEL OSORIO DE ALMEIDA

Señor,

Estoy plenamente de acuerdo con Ud.: a esta hora, más que nunca, es indispensable seguir debatiendo permanentemente la situación en que se encuentra la Sociedad de Intelectuales y sobre las condiciones que le permitirán sobrevivir a los peligros del momento actual. Con justa razón, Ud. no desea que el debate sea puramente académico. Ud. lo toma como el cumplimiento de un deber que nos obliga a todos y que, en la tempestad de violencia armada que acabamos de ver estallar, incumbe en primer término a los ciudadanos de los países que se han declarado neutrales. Ud. nos recuerda, muy a propósito, la palabra del Presidente Roosevelt. Al anunciar la neutralidad de los Estados Unidos, estableció netamente la distinción entre dos formas de neutralidad que se imponen igualmente. Por un lado la neutralidad del Estado que obliga estrictamente a todos sus ciudadanos. Por otra parte, la neutralidad de conciencia que el Presidente no pretendía exigir de las personas que forman la población de los Estados Unidos. Me parece que con esta distinción el señor Roosevelt prestó un eminente servicio a la causa de la libertad en el mundo entero; un derecho reivindicado para los habitantes del más grande de los países neutrales no podrá ser negado a ningún otro.

Ud. nos habla de la libertad de pensamiento y de sus límites, de la necesidad de no interrumpir la investigación de la verdad. Ud. pregunta hasta qué punto el hecho de la guerra podría ser debido a las restricciones impuestas a la libertad de pensamiento y a la búsqueda de la verdad. Ud. habla de la intervención sobre los medios de información conseguida por la reglamentación estricta de las publicaciones y que aprovechan, desde hace tiempo, para formar o más bien modelar el juicio de

varios pueblos de alta civilización. Nos queda por ver si estas restricciones se limitan a las naciones dónde están impuestas, sea por el sistema de Gobierno, sea por los intereses prácticos e irrecusables de un país en estado de guerra. ¿No sufren los neutrales de una restricción de esta libertad tan apreciada? Es necesario saber si los deberes y las libertades de la neutralidad de los Estados chocan con los de la neutralidad de las conciencias y hasta qué punto eso sucede.

Ante todo, sin embargo, nos preguntamos: ¿existirán «neutrales de conciencia?» Un neutral de conciencia significa un individuo para quien la victoria del grupo beligerante A o del grupo B es cosa indiferente. Es posible imaginarse este neutral ideal bajo dos aspectos. Uno, el del ciudadano que piensa: veo que los dos partidos creen tener ambos de su lado la justicia y un derecho superior. Uno y otro proclaman fuertemente no desear más que una paz que establezca un orden justo entre la naciones y los estados del mundo. Como no sé cual de los dos esta en lo cierto, no me pronuncio ni por A ni por B. Este tipo de neutral ideal no es, probablemente, muy común. Más frecuente es el tipo de neutral que, por su indiferencia tan bruta como sincera por toda noción de derecho objetivo, juzgará exclusivamente según sus cálculos de suertes futuras y, si las cree balanceadas, se abstendrá de tomar un partido. Ese será neutral, pero no se le podrá llamar neutral de conciencia. Debemos deducir que, para los individuos una verdadera neutralidad de conciencia y de corazón es cosa difícil. Es casi imposible no tener preferencia por una u otra de las dos causas. Nadie podrá avaluar la repartición sobre la tierra de los adherentes a la causa A o B. Es evidente que lo que interesa en este caso no es la mayoría de número sino la mayoría de valer. A menos de aceptar el triunfo de la fuerza como principio director del destino de la humanidad, hay que optar por lo que uno cree que es el derecho y por lo que promete garantías para el reino del espíritu y de la civilización.

Naturalmente que esa mayoría del espíritu no se desprende-

rá de la masa informe de los pueblos divididos en estados hostiles, aliados o neutrales; la neutralidad del Estado seguirá dominando la de las conciencias y los deberes de una y otra chocarán en el dominio del espíritu.

Miremos desde más cerca los deberes que deberá cumplir, no el hombre libre, pero sí el ciudadano neutral. El derecho de un Estado de permanecer neutral en un conflicto armado es indiscutible. El reproche de cobardía, de egoísmo o de desconocimiento del derecho es impropio mientras el primer deber de un Estado sea mantener una soberanía nacional absoluta. Un gobierno no tiene el derecho de arriesgar la existencia del Estado por las necesidades políticas de otra potencia que no sea la suya propia. Es, por consiguiente, perfectamente normal que un gobierno, habiéndose declarado neutral, vigile estrictamente toda acción de sus ciudadanos que podría acarrear la ruptura de esta neutralidad proclamada, hasta aquellas que pueden suministrar pretextos a los mal intencionados. De ahí resulta que el ciudadano neutral debe someterse a ciertas trabas, a veces bastante serias de su libertad, no de pensamiento, pero sí de palabra. Tiene el deber de no causar molestias o dificultades a su gobierno en el ejercicio de su política. Si está acostumbrado a un régimen libre, soportará difícilmente el estar reducido a esta disminución de su libertad. Su descontento forzará a su gobierno a una vigilancia doble. El gobierno neutral, por su lado, ayudará a la libertad y a la verdad al obligar a la prensa del país a dar cuenta imparcialmente de las noticias de las prensas extranjeras opuestas y a limitar los comentarios a lo necesario para su buena comprensión. En otras palabras: la intervención sobre la expresión de los pensamientos—corriente en los países totalitarios e inevitable en los países beligerantes—se extenderá necesariamente a los países neutrales. La libertad de expresarse se encuentra restringida en todas partes.

La prohibición de decir lo que uno piensa es el primer paso hacia la mentira, y la mentira, una vez admitida, como medio

político, estará luego mantenida con propósito deliberado y no dejará de seguir su curso nefasto. La técnica de la mentira política, refinada en un principio, luego atrevida y grosera, llegará pronto hasta un punto donde no hará más efecto, porque la mentira, una vez absurda e increíble, pierde su eficacia y termina por dar vueltas en el vacío y hace inútiles hasta las verdades que su autor quisiera mezclar con ella.

Es ahí donde se juntan las ideas de neutralidad de Estado y de conciencia. La defensa de la verdad es un deber común para los estados y para los individuos. El mundo necesita una restauración general de la veracidad y no solamente en el terreno político. Nos urge una reacción perseverante contra este obscurecimiento voluntario del horizonte claro y neto de la vida espíritu. Este eclipse de la verdad no es más que un síntoma de una deterioración general e innegable de la civilización. Ud. se pregunta si es posible que nuestros esfuerzos para una obra de solidaridad intelectual hayan sido vanos e inútiles y si es mejor abandonar nuestra tarea o cambiar radicalmente de dirección. Yo creo que no, pero a condición de que el mundo vuelva a encontrar su camino hacia el ideal de humanidad y de derecho. Hace un cuarto de siglo que nos estamos acostumbrando a ultrajes más y más enormes hechos a la humanidad, a perfidias políticas increíbles, al empuje creciente de una vulgaridad de costumbres y de pensamiento desconocidos antiguamente. El nivel de la civilización, en general, desde el comienzo del siglo, ha bajado, sin lugar a dudas. Hemos soportado pérdidas en los terrenos intelectual, moral y talvez estético, y los progresos conseguidos no llegan a compensarlas. ¿Serán estas pérdidas irreparables? Asunto grave, la crisis de cultura por que atravesamos, para ser contrarrestada necesita que el germen del mal esté claramente demostrado, que su virulencia sea combatida con toda nuestra voluntad en un esfuerzo universal y encarnizado. No podemos aquí ahondar las cuestiones que conciernen al mejoramiento del siglo tan vivamente deseado. Si observamos el

espectáculo del actual desconcierto político, hay por lo menos un hecho que nos puede reconfortar y consolar un poco. Es la ausencia de odio entre los pueblos. Hay disensiones y antipatías de todas clases, hay rencores, hay complejos de inferioridad seculares, milenarios, hay un violento desprecio recíproco entre los dos sistemas de democracia y de despotismo popular, pero—a excepción de los gritos roncos de cierta prensa endoctrinada y delirante y de la futura cosecha de sentimientos que habrán sembrado los agresores entre las víctimas de su opresión o de su violencia—la Europa de hoy día no conoce enemistades profundas entre las naciones; su moral no ha sido afectada por un contagio que impida una paz pronta y sólida.

Si fuese posible sondear a esta hora el estado de alma de los distintos pueblos y deducir de ahí el diapasón general, estoy seguro de que sería el de una tristeza inmensa. Tristeza por el desmoronamiento de una civilización tan rica y tan bella como el que hemos vivido, tristeza por la pérdida, o, por lo menos, el pese de tantos tesoros de sabiduría y de belleza que queríamos que debemos a los que, tal vez mañana, sean nuestros enemigos oficiales, tristeza llena de simpatía por los que sufren con nosotros, hasta si tenemos que combatirlos ahora.

Después de todo, sería posible que el mundo se encuentre más cerca de una concordia general que lo que lo ha estado desde hace muchos siglos. Uno se pregunta, algunas veces, si el fracaso de la guerra como medio político no está ya realizándose. De varios lados se ven los hombres de Estado tratando de orientarse a ciegas hacia la posibilidad de un restablecimiento del derecho internacional y hacia la fundación de un orden político mejor en una Europa regenerada.

Aquí sucede una cosa rara. Todo el mundo concuerda en creer que, en el orden material, una pluralidad de entidades políticas o sociales—sea en el régimen capitalista o en otro—no podría subsistir sin una forma cualquiera de crédito general y

mutuo. Crédito quiere decir confianza y confianza supone buena fe. Sin buena fe no hay colaboración ni comercio. Estas verdades muy sencillas son reconocidas en todas partes aunque no se practiquen siempre las consecuencias.

Por otro lado, en materia política siempre se encuentran personas que no comprenden que en eso la confianza y la buena fe también están en la base de todo. Bajo un punto de vista un poquito modificado eso se puede llamar «fair play». La simbiosis europea o mundial, si es posible arriesgarse tanto, no es concebible más que por una restauración de la buena fe y del «fair play» políticos. ¿Sería esto posible? ¿Tendremos la fuerza, después del curso de esta guerra, para levantarnos de la profunda decadencia moral en que la civilización está, desde hace mucho tiempo, en el inminente peligro de caer? ¿Los elementos necesarios para una regeneración no nos faltarán? ¿Podremos evitar el nihilismo espantoso escondido detrás de los apelativos, opuestos en apariencias, tras los cuales se disputan la dominación de los hombres?

Se hace duro creer que la última palabra de la facultad humana de dirigir el mundo, el acorde final de la sinfonía de los siglos, que empezó con Platón y pasó por Dante y J. S. Bach, sea la renuncia total a las cosas del espíritu.

Alejemos estos presagios tan funestos. Es lícito esperar, una vez que haya pasado esta ráfaga, la resurrección de esta solidaridad intelectual y de esta verdadera sociedad de espíritus que es indispensable para siempre a la vida de un mundo civilizado.—JOHAN HUIZINGA.

Leyde, 19 de octubre de 1939.

Concepción, 18 de diciembre de 1939

H. Bonnet,
Director del Instituto de
Cooperación Intelectual.
París.

Mi distinguido señor,

He tenido el agrado de recibir su interesante comunicación del 27 de noviembre último en que me hace saber que «el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual ha decidido continuar sus actividades, adaptándolas a las necesidades de la hora presente, a fin de mantener y, si es posible, desarrollar las relaciones que había organizado entre los intelectuales».

Con este motivo se sirve Ud. adjuntarme copias de una comunicación del señor M. Osorio de Almeida y de otra del señor Juan Huizinga, Presidente de la Real Academia de los Países Bajos. Su carta y la de los dos ilustres corresponsales contienen el gran interés de hallarse inspiradas por la angustia de la tragedia que sacude a Europa, y reflejamente al mundo, en estos momentos.

Me hace Ud. luego el honor de pedirme las impresiones que la lectura de estas páginas llenas de emoción me sugiera. Además de agradecerle esta distinción, debo decirle en primer término, y tal es mi impresión inicial, que movimientos como éste son de aquellos que deben recibirse como con los brazos abiertos.

¿Cómo no sentir dolor ante el desgarramiento de Europa, inquietud por la civilización e indignación ante la injustificada agresión de que han sido víctimas naciones pequeñas y débiles por obra de ambiciones imperialistas?

Como ha dicho Paul Valéry, citado por el señor Osorio de Almeida, «en un país libre es imposible que la paz o la guerra dependan de la voluntad de un solo hombre».

Estas palabras señalan la importante función que le corresponde a una opinión pública ilustrada para evitar las guerras, opinión que no es posible llegar a formar de una manera ventajosa sino en los pueblos que viven en regímenes de libertad.

Para que los intelectuales puedan cumplir con su misión de servir de guías de la colectividad necesitan gozar de esa misma libertad, en su forma de libertad de pensar, a que hacen referencia los señores Huizinga y Osorio de Almeida, cómo de un ambiente sin el cual la verdadera vida espiritual parece ahogada. Por supuesto que la libertad de pensar que se reclama no es la facultad de expresar lo primero que a uno se le ocurra sino la de dar a luz los frutos maduros de la inteligencia, madurez que se alcanza con la observación atenta, el estudio y la reflexión.

A este respecto los señores Huizinga y Osorio de Almeida abundan en consideraciones sobre las limitaciones que la neutralidad del Estado pudiera traer para la libre manifestación de la opinión de los ciudadanos respecto de uno y otro de los beligerantes y citan como salvadora la actitud del Presidente Roosevelt sobre el particular. Así lo es en efecto; pero pienso que el eminente mandatario norteamericano no ha hecho otra cosa que expresar algo que está en el alma de los pueblos del Nuevo Mundo. Entre nosotros no se admite que la neutralidad del Estado pueda imponer la neutralidad de las conciencias y gozamos en este, como en otros aspectos de la vida ciudadana, de la necesaria libertad. Concebimos al individuo, entendido en cooperación solidaria con la comunidad y por consiguiente capaz de patriotismo, de dominio propio y de abnegación, como el núcleo central de todos los valores, fuente de creación e invención, realidad suprema y última de la vida del espíritu; y pensamos que el Estado no debe, pues, oprimirlo y agarrotarlo dentro de su armadura, sino procurarle las seguridades y la atmósfera conveniente para su mejor desenvolvimiento.

Por tal motivo hemos visto ya, antes de la guerra, en los regímenes dictatoriales o totalitarios implantados en varios paí-

ses una seria amenaza para la verdadera vida intelectual. Y, como dice el señor Osorio de Almeida, «no se podría comprender la civilización sin una amplia vida intelectual constantemente renovada y en perpetuo desarrollo».

En enero del presente año, en la sesión de clausura de la Primera Conferencia Inter-americana de Comisiones de Cooperación Intelectual celebrada en Santiago de Chile, dije lo siguiente sobre la acción del intelectual al frente de las corrientes adversas del mundo:

«La cooperación intelectual tiene las vibraciones, asciende a creación del espíritu. En esta época de violencias en que lo trascendente desaparece de las perspectivas ideológicas, significa el anhelo de salvar de la vorágine, por lo menos, lo humano, de establecer la veneración de lo humano por encima de todo proselitismo, de todo partidismo, de todo interés de secta o bandería; y también contra nuestras conveniencias personales y nuestras vanidades. Significa buscar que el lugar dejado vacante por los dioses de todos los olimpos no lo ocupen sólo los bajos instintos de pugna, medro y placer, sino una constelación de valores superiores que se concretan en el amor y respeto a la personalidad humana, cifra de libertad, investigadora de la verdad, fuente y objeto de la justicia».

«El intelectual ejerce por esto un sacerdocio o ministerio inspirado en el concepto de la primacía del espíritu en las relaciones humanas, por el triunfo de cuyas normas e idealidades trabaja, brega y padece».

«Se suele decir que las reuniones de intelectuales, o sea sus conferencias o congresos, suelen ser ferias de palabras. En nuestro caso actual la labor indicada en líneas recientes bastaría para desautorizar este aserto juguetón. Pero, además, cuando la palabra surge de un amor constructivo, de un amor de la entraña, de una esperanza vital, no es un mero ruido inícuo. Es la mensajera alada de las ideas que los grandes poetas, filósofos y reformadores se lanzan como el carrete del telar en que vienen te-

jiendo la tela de la humanidad. La violencia desgarrar continuamente esta tela aquí y allá. El intelectual, consecuente con la esencia de su naturaleza y de su función social, la condena, tanto dentro de un país, como en las relaciones de un país con otro. En las divergencias, fricciones, litigios, conflictos y choques de intereses que suelen suscitarse entre los hombres, el servidor del espíritu que es el intelectual no reconoce otras armas ni otros medios para solucionarlos que los propios de la razón: el estudio de los problemas en todos sus aspectos y la busca del advenimiento mutuo por medio de la convicción, del pensamiento reflexivo y de su órgano que es la palabra hablada o escrita. Otros procedimientos podrán ser todo lo eficaces que se quiera, según los fines que se persigan, pero jamás serán propios de intelectuales. El intelectual puede, por esto, aparecer a veces, como desarmado e impotente ante la realidad inmediata; pero la vida del espíritu que en sí no se halla reñida con el éxito, en caso de conflicto entre el éxito del momento y la idea inmortal, está por la afirmación de la idea inmortal».

Las guerras han sido siempre una calamidad para los hombres y más lo son las contemporáneas con los medios terribles de destrucción que ha inventado el genio humano. En América existe un claro sentimiento general en contra de la guerra. Ciertamente que no siempre hemos escapado a sus estragos; pero todas las naciones del Nuevo Mundo viven en paz entre sí y han venido arreglando sus diferencias por medio de los recursos que ofrece el derecho internacional y la política de buenos vecinos.

Sentimos el dolor de Europa como nuestro. Llegan hasta nosotros y las estamos sufriendo, las consecuencias tanto materiales como espirituales del grave conflicto; pero confiamos en que la civilización se salvará de la dura prueba por que está pasando. Sentimos además que los derechos del espíritu, que constituyen a la vez su raíz y su flor más preciada, tienen un hogar entre nosotros. Los pueblos de este continente se hallan animados por una alentadora interpretación del devenir histórico:

son herederos y en parte frutos de la civilización europea; pero además son sus continuadores, y de acuerdo con ella y haciendo revivir los poderosos elementos de cultura autóctona latentes en estas tierras, se siente entre nosotros la anunciación de una era en que el imperio del derecho, el triunfo de los sentimientos de humanidad, el florecimiento de las fuerzas civilizadoras, en una palabra, serán una realidad para los hombres.

«Bien podría ocurrir, dice el señor Huizinga en uno de los últimos párrafos de su carta, que, después de todo, el mundo estuviera más cerca ahora de una concordia general de lo que lo ha estado desde hace muchos siglos». Deseamos que estas nobles esperanzas no sean una mera fantasía sino una visión profética.

Mas para afirmar la solidaridad intelectual no debemos confiar sólo en que ella sea posible, cuando haya pasado la ráfaga guerrera, como dice el señor Huizinga al final de su interesante carta. Debemos continuar afirmándola desde ya, hasta donde se pueda, en medio de la tormenta misma, sin interrupción y en todo momento.

Con sentimientos de la más alta consideración me es grato quedar a sus órdenes como su afectísimo servidor.—ENRIQUE MOLINA.